

EL CUERPO EN LA IDENTIDAD DEL DEPORTISTA A PARTIR DE UNA INVESTIGACIÓN SOBRE EL DUELO DE LA RETIRADA DEPORTIVA

MARÍA FERNÁNDEZ OSTOLAZA

Miembro didacta del Centro Psicoanalítico de Madrid

Este artículo forma parte de la investigación de la tesis doctoral que estoy realizando en la Universidad del País Vasco (UPV/EHU), bajo la dirección de Miguel Ángel González Torres.

No existe, a mi entender, un psiquismo deportivo diferente al del resto de las personas, nada parecido a una mente de atleta. Todo psiquismo tiene una constitución y un funcionamiento únicos e irrepetibles en cada deportista, como lo tiene en cada ser humano; y, al mismo tiempo, todos los humanos compartimos conceptos que pueden explicar nuestro funcionamiento mental.

Este trabajo es una pieza de otro mayor dedicado al funcionamiento psíquico en momentos de pérdida, con el que trato de proponer algunas ideas que, aplicadas, ayuden a entender al deportista y sus vicisitudes, así como a elaborar sucesos tan intensos como los que acontecen en una carrera profesional, y a poder despedirse de ellos y transitar para continuar viviendo con la mayor plenitud posible.

La relación con el propio cuerpo es una relación primaria arquetipo del resto de relaciones, y los duelos vividos en él anticipan información sobre duelos posteriores. Reflexionar sobre el cuerpo significa reflexionar sobre la capacidad de estar solo, un estado avanzado del desarrollo emocional (Winnicott, 1958/1993). Reflexionar, en definitiva sobre ese pasaje desde la fusión inicial con el otro a la posibilidad de ser un cuerpo separado.

Muchos de los estudios realizados desde la psicología deportiva convienen en que, a mayor identidad atlética, mayor dificultad para dejar el deporte. Propongo, entonces, adentrarnos en la comprensión del significado de la identidad atlética acercándonos a un elemento nuclear de la identidad: el cuerpo. ¿Qué significa el cuerpo para el deportista y qué uso hace de él? El cuerpo ofrece un amplísimo terreno de análisis.

A lo largo de la historia de Occidente, el cuerpo se ha visto envuelto en dos grandes dualidades. La primera, formar parte del binomio cartesiano que separa cuerpo y mente. Sin embargo, la superación de esta separación viene de lejos, y hoy en día se acepta una relación causal recíproca entre cuerpo y psique: El cuerpo construye la psique y la psique interviene paulatinamente en la formación del cuerpo. La vida corporal desde las experiencias más tempranas construye la subjetividad. El discurso del deportista confirma la imposibilidad de separar cuerpo y mente, que resultan indisolubles.

La segunda consiste en convertir el cuerpo o bien en objeto de admiración heroica, el cuerpo apolíneo, o en objeto de excesos, el cuerpo dionisiaco. Esta separación también queda disuelta al hablar del cuerpo del deportista, que puede convertirse al mismo tiempo en objeto de excesos de placeres desbordantes, los que proporciona el entrenamiento y la competición, y en objeto de admiración propia y ajena. El deportista reúne en su cuerpo un objeto de goce y otro de idealización. El trabajo analítico durante el cese de la práctica

deportiva, en ocasiones, permite desarticular un funcionamiento nocivo.

1. EL CUERPO EN LA IDENTIDAD DEPORTIVA

Para un deportista de élite, el cuerpo, su principal herramienta de trabajo, implica una inversión constante en tiempo, esfuerzo, entrenamiento, nutrición, descanso y recuperación. Se convierte en un proyecto a largo plazo que requiere dedicación continua. El cuerpo atlético es un cuerpo investido sobre todo por su capacidad, por el entrenamiento al que se le somete y por las modificaciones que experimenta: la evolución de la musculatura, el dominio de la técnica, los logros competitivos, las lesiones, etc. La práctica deportiva intensa y constante moldea el cuerpo del deportista de élite, creando una relación única entre el sujeto y su físico; una relación compleja que alberga múltiples significados y está expuesta a transformaciones constantes. El cuerpo se puebla de vivencias y logros, derrotas, sueños y aspiraciones; es un escenario donde se expresan los conflictos internos, la falta de sensación de valía, el miedo al fracaso, la rivalidad con el otro, la necesidad de control o la búsqueda de la perfección.

El hecho de no ser un cuerpo, sino de tener un cuerpo —como se posee un mueble— es siempre una premisa endeble (Vaschetto, 2025, p.29). No podemos considerar el cuerpo sólo como un instrumento para alcanzar metas, sino también un símbolo de quién es y cómo se ve a sí mismo el deportista en el mundo. El cuerpo es una parte del sujeto, no solo un objeto del sujeto. No tenemos un cuerpo, somos un cuerpo (Merleau-Ponty, 1975). Y es este desdoblamiento —el cuerpo como objeto y sujeto, que nos adentra en el narcisismo del individuo— una de las complejidades que hay que entender en el proceso de duelo.

Existe una inteligencia en el interior del cuerpo por la que los tendones, músculos y articulaciones realizan cálculos precisos, cálculos sensoriales extremadamente refinados para efectuar los movimientos. En el deportista, esta inteligencia es sobresaliente y le permite adaptarse a la situación requerida, imitar movimientos sofisticados o inventar otros nuevos. El cuerpo encuentra soluciones novedosas y creativas para ciertos problemas. El deportista aprende a manejar el cuerpo con rigor, coordinando acciones complejas

con uno mismo y con otros, y afinando la biomecánica para lograr el máximo rendimiento. Es un instrumento de precisión que se somete a exigencias supremas, específicas de cada disciplina.

Damasio (1996) sostiene que es erróneo creer que solo las mentes piensan: el cuerpo y nuestras emociones tienen una función clave en nuestra manera de pensar y en la toma de decisiones racional, proporcionando un contenido que es parte y envoltorio de las actividades de la mente; la mente está encarnada en un cuerpo y no podemos equipararla solo al cerebro.

El cuerpo es activo y está comprometido con el mundo a través de la percepción y la acción. La intencionalidad, la orientación hacia algo es una de sus propiedades fundamentales (Merleau-Ponty, 1975). El conocimiento es acción (Varela, Thompson, Rosch, 1992). De hecho, cuando se prepara una competición se ayuda al deportista a que se mueva con determinación, con toda la intención, sin dudar, porque la duda en competición equivale al error: en combates cuerpo a cuerpo, la duda supone que el adversario te agarre; en esgrima, exponerse al toque; en deportes de equipo, que te roben el balón. La competición es intransigente con la duda, por eso es tan importante ofrecer otros espacios donde al deportista se le permita dudar, como los espacios de entrenamiento y, por supuesto, nuestras consultas.

Además, el cuerpo del deportista no es real, es potencial; el cuerpo es lo que puede llegar a ser, lo que es capaz de hacer, a veces incluso cosas que creemos imposibles (Serres, 2011). Debido a ello, una de las retiradas más difíciles es la retirada temprana por lesión, es decir, una retirada precoz y obligada, en la que queda interferida la potencialidad del cuerpo. Se trata de deportistas que han sido considerados grandes promesas y que, inesperadamente, no pueden seguir adelante. La dificultad estribaría en trabajar el duelo de la potencialidad soñada, no la pérdida del objeto en sí, sino de la posibilidad, un duelo por los deseos de futuro.

La distinción psicoanalítica entre yo ideal e ideal del yo permite entender la idealidad del sí mismo como algo alcanzado y detenido en un presente

eterno o como algo a alcanzar que se somete a la realidad y al paso del tiempo (Hanly, 1984).

De la mano de esa potencialidad camina probablemente la cualidad más importante del atleta. Me refiero a la capacidad de mejora, que en las grandes leyendas no disminuye a pesar de alcanzar y consagrarse con magníficos resultados.

2. EL CUERPO COMO OBJETO DE GOCE

Conocemos el afán deportivo por buscar datos que objetiven el cuerpo: contabilizar, sumar, medir todos los parámetros con precisión, ser representado por una marca, tratando al cuerpo como objeto.

El deporte es testigo del encuentro entre el deseo del deportista y su cuerpo; testigo de los actos y hechos que el sujeto hace de su cuerpo (Labridy, 2014a). El deportista se construye a través de un cuerpo y de las experiencias corporales tempranas con otros; pero, dentro de esa construcción, la imagen corporal resulta privilegiada en detrimento de otras funciones como las intelectuales, que en muchas ocasiones son --o simplemente se suponen-- pobremente investidas. La imagen corporal puede ir acompañada de creencias del tipo: «Tengo este cuerpo portentoso y me voy a valer de él para ganar».

A juicio de Labridy, la objetivación del cuerpo se ha acentuado en los últimos tiempos gracias a los inventos técnicos modernos (escáner, resonancia magnética, etc.), que formulan diagnósticos a partir de la imagen. Lo visible se convierte en la dimensión dominante del enfoque de la condición humana y hace del registro imaginario el registro privilegiado para descifrar los acontecimientos humanos: la televisión, la publicidad y el deporte son testimonio de ello. Esta posibilidad casi ilimitada de investigación de la ciencia moderna pone paradójicamente de manifiesto un resto en el cuerpo. Es lo que Lacan denominó la falla epistemomática (1964/1987), es decir, el efecto que tendría el progreso de la ciencia en la relación de la medicina con el cuerpo y, por extensión, con todas las disciplinas que intervienen en él y a partir de él (Labridy, 2014b). Cada cuerpo es un cuerpo y, a diferencia de la física o de la medicina, es irreductible al saber (Vaschetto, 2025, p.31).

Los dispositivos tipo Apple Watch, con todas sus prestaciones, permiten multiplicar la medición de uno mismo: cantidad y calidad del sueño, pulsaciones, número de pasos, etc. El campo deportivo es idóneo porque la medición está justificada. En 2011, el británico Joseph Game corrió la maratón de Tokio conectado con cuatro iPhones, un iPod y un iPad (Labridy, 2014b, p.63). Quienes utilizan estos sensores de movimiento se convierten en cautivos de una lógica de desafío que se repele y se relanza en ellos, sin límites. Algo que también afecta a otros ámbitos como el de la reproducción asistida o el de la cirugía estética.

En definitiva, se persigue una inscripción que aprehenda la pulsión del sujeto. Cada vez son más frecuentes las inscripciones tatuadas en el cuerpo después de un récord o de experiencias que se suponen inolvidables, como la participación en unos juegos olímpicos o en la final de la Champions.

También el entrenador queda implicado en la tarea de conducir al atleta a llevar el cuerpo a un lugar que él mismo no puede representarse. El sujeto se compromete, a partir del goce del cuerpo, a llegar más lejos, con posibles consecuencias, como el cansancio o las lesiones. Es algo que ocurre entre dos personas para inventar lo que aún no ha acontecido y para lo que tienen como instrumento la palabra (Labridy, 2014b).

Los inagotables movimientos reiterativos en deportes técnicos, como los movimientos geniales únicos que emergen inesperadamente y son tan difíciles de repetir conscientemente, o los contactos con otros cuerpos en entrenamientos y partidos, que se traducen en victorias y derrotas, se dan gracias al goce del propio cuerpo, aunque se enmascare en una rivalidad imaginaria con los adversarios. A través de esa búsqueda incesante, son muchas las sensaciones que quedan prendidas, como percepciones olfativas de los lugares de entrenamiento o de los vestuarios; percepciones táctiles de los materiales en diferentes estados: calor, frío, humedad; percepción de la velocidad; internalización del ritmo de una cadena de movimientos; una experiencia de elongación muscular, o la densidad de la atmósfera de un pabellón en la final de una competición, por mencionar algunos.

Para Freud, el cuerpo es la principal fuente de las pulsiones, es erógeno y está representado mentalmente (Freud, 1905, 1914). Según García Baradacco, en la metapsicología freudiana, la presencia del cuerpo ha ocupado un lugar relevante, en su forma física, en su representación mental o como unidad significativa que encarna la cultura que lo rodea. La noción freudiana de pulsión, definida como concepto límite entre la mente y el cuerpo, como representante psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo, incluye a este como origen de la vida psíquica. Asimismo, la dinámica placer-displacer, base del psiquismo, compromete la dimensión corporal. El cuerpo es el soporte económico de la teoría de la libido y, posteriormente, del narcisismo. Pero, curiosamente, con la técnica de la asociación libre, que supuso un enorme avance en el estudio del inconsciente, Freud renunció a implicar el cuerpo: el terapeuta mantiene la distancia con el paciente y evita el contacto físico (García Baradacco, 1996).

A partir de Freud, la mayoría de los autores definen al individuo como poseedor de un cuerpo biológico y de un cuerpo erótico, emergiendo este de aquel; pero solo unos pocos, como es el caso de Ferenczi, que utiliza la pasividad de la relajación muscular para alcanzar la libre asociación, lo incluyeron en su práctica.

Más recientemente, Dejours propone un concepto innovador para dar cuenta de la construcción freudiana: La subversión libidinal. Consistiría en transformar la economía biológica en economía libidinal y desviar parcialmente las energías del primer cuerpo en beneficio del segundo, al servicio de la satisfacción de la pulsión. El cuerpo biológico subvertido da lugar al cuerpo libidinal. A su vez, diferentes partes del cuerpo sirven de zonas erógenas y estas son gradualmente desviadas de las funciones fisiológicas a favor de la construcción del cuerpo erótico, el cuerpo del deseo. Gracias a ello, el sujeto logra liberarse parcialmente de sus funciones fisiológicas, de sus instintos, de sus comportamientos automáticos y reflejos, e incluso de sus ritmos biológicos (Dejours, 2017).

Otros autores se ocuparon de la distinción entre esquema corporal e imagen inconsciente del cuerpo (Schilder, 1935; Dolto, 1986). Aquel se refiere a la representación neurológica, ligada a la propiocepción, a la motricidad y a la realidad

objetiva; se desarrolla a través de la maduración biológica y es común a la especie. Sin embargo, la imagen inconsciente del cuerpo es una construcción subjetiva, inconsciente y simbólica, forjada en las relaciones, las pulsiones y el lenguaje. El modelado del conocimiento y la práctica del esquema corporal por la acción de la libido. Es única para cada individuo y está en constante evolución (Reich, 1965; Dolto, 1986; Guimón, 1999). Es un concepto clave para comprender la subjetividad humana y sus patologías y, en los deportistas, para adentrarnos en los procesos que explican los momentos de máxima o mínima potencia.

Lacan insistió en la distinción entre organismo --biológico-- y cuerpo --imaginario y simbólico--, siendo este el que se va construyendo según es vivido, nombrado, representado y simbolizado (Lacan, 1964/1987). El gesto, la acción deportiva excelente, es un magnífico ejemplo de esa transformación del organismo en cuerpo. El momento en que lo carnal se transforma en rendimiento deja al atleta sin habla. Es ese momento que nos resulta tan familiar en las retransmisiones deportivas en que el periodista pregunta y el deportista no puede articular una respuesta, no solo por la fatiga, sino por la necesidad de un trabajo de simbolización. Solo podrá resignificarlo a posteriori, après-coup, y no siempre (Labridy, 2014b). Lo que equivale a decir que el cuerpo real requiere de una simbolización, y este es un campo tan difícil como necesario en el trabajo del psicoanalista con el deportista, precisamente por el componente carnal de su actividad.

Una jugada magistral de Michael Jordan driblando a dos defensores para alcanzar la canasta con un mate, volando por encima de un tercero, produce asombro y exclamación en cualquier espectador y placer en muchos otros. Evoca la fantasía del ser humano de poder volar; lo sublime del cuerpo. Es una imagen que responde a una estética, un cuadro en movimiento. Los circuitos neuronales activados en una persona que lleva a cabo acciones, expresa emociones y experimenta sensaciones se activan también, automáticamente, en el observador de esas acciones a través de un sistema de neuronas espejo. Este hallazgo de activación compartida sugiere un mecanismo funcional de simulación

encarnada que consiste en la simulación automática, inconsciente y no inferencial del observador (Gallese, Eagle y Migone, 2007).

Ver actuar a los atletas --dice Iacoboni-- es actuar nosotros mismos. Algunas de las mismas neuronas que se activan cuando observamos que un jugador atrapa el balón también se activan cuando nosotros atrapamos el balón. Es como si, al observar el partido, nosotros también estuviéramos jugándolo. Entendemos las acciones de los jugadores porque tenemos una plantilla en el cerebro correspondiente a esa acción, una plantilla basada en nuestros propios movimientos (Iacoboni, 2009, pp. 14-15).

En deportes de grandes exigencias técnicas, los deportistas se valen de sensaciones, inercias, acentos y ritmos, es decir, elementos cercanos a lo inconsciente, para alcanzar movimientos que los entrenadores tratarían de enseñar con indicaciones racionales. Cuando un deportista pregunta a otro cómo consigue ese movimiento, muchas veces las descripciones suelen ser imágenes sensoriales: Déjate ir, decía un gimnasta a otro para volar en un elemento de barra fija; Como si el viento te hablara, le explicaba un surfista a un compañero inexperto. En deportes que requieren grandes esfuerzos físicos, de nuevo todo el cuerpo, también lo inconsciente, se pone a ello como el grito a favor del movimiento del brazo en tenis o de la levantada en halterofilia.

Según Lacan, un cuerpo está hecho para gozar, gozar de sí mismo. El goce se experimenta a través de la tensión, el forzamiento, el gasto, incluso la hazaña. Hay goce en el nivel donde comienza a aparecer el dolor; en ese nivel del dolor donde puede experimentarse una dimensión del organismo que de otro modo permanece velada (Lacan, 1972/1997).

Para que el cuerpo del deportista no quede condenado irremediablemente al goce, necesitamos recurrir a la simbolización. Por ejemplo, una deportista tiende a presentar dificultades para percibir la velocidad media en un determinado tramo de carrera cuando el ambiente competitivo genera una sobreestimulación que dificulta su escucha interna, y esto puede poner en peligro la marca que tiene entrenada. O una gimnasta describe encontrarse afectada por

temblor y taquicardia al ejecutar el primer ejercicio de barra de equilibrio en una competición internacional. Como cuerpos expuestos a esos momentos de grandes excitaciones, el terapeuta puede ayudar a discriminar información sutil indispensable para el desempeño. Pero, además, el trabajo consistirá en conseguir tolerar la sensación disruptiva producida por la excitación, sin necesidad de utilizar un mecanismo de defensa de tipo disociativo, integrando la excitación en una imagen del cuerpo lo suficientemente sólida y reunificada, y anclada a un deseo. El deportista está sometido a excitaciones internas y externas, y es necesario procesarlas para que su funcionamiento psíquico no se vea desbordado.

Estoy en desacuerdo con las tesis de autores que consideran que el alto nivel determina obligatoriamente el paso de una actividad lúdica a una forma de trabajo al estilo de una máquina, y esta concentración en el cuerpo va en detrimento, más o menos radical, del funcionamiento psicológico, con el riesgo de ver desaparecer al sujeto. El trabajo repetitivo equivaldría a mecanismos autocalmantes del yo para reducir las excitaciones y devolver la calma al sistema motor (Duclos, 2005). Para este autor lo que se expone en último término es el cuerpo biológico, mientras que el erótico se queda en el camino y el placer con él.

En el deporte, como en cualquier ámbito, podemos encontrar sujetos en estados de desubjetivación, pero no debemos reducir repetición a goce. Las cadenas de repeticiones de un entrenamiento persiguen realizar el siguiente movimiento modificando algún factor, por mínimo que sea, con respecto al anterior, en aras de una mejora, para lo que necesitamos un sujeto pensante y deseante que le encuentre sentido a la misma. Difiero por lo tanto de quienes conciben la actividad física intensa solo como una búsqueda de sensaciones corporales musculares, mecánicas y programadas, que evita enfrentarnos a nosotros mismos, a nuestros deseos y a nuestras ansiedades. Por el contrario, la repetición buscando un sentido conduce, como en otros campos, a la ligadura de las excitaciones y por lo tanto a la aparición de actividades sublimatorias, del lado de la elaboración pulsional.

Podemos trabajar dirigiendo la atención del deportista hacia su cuerpo para ayudarle a

manejarlo a pesar de la ansiedad, lo que supone dar al yo la capacidad de tratar con la ansiedad no como algo de lo que uno debe librarse absolutamente, sino como una señal atencional para que un encuentro deportivo no sea catastrófico. Las repeticiones de los movimientos antes de la competición, como toda descarga motora, liberan excitación y ayudan a la concentración en beneficio del atleta.

Por otra parte, en el caso de deportistas cuya compulsión a la repetición nos haga sospechar de un serio déficit en la mentalización, cabría preguntarse, en el transcurso de su carrera activa, qué lugar puede ocupar el deporte en la organización de su frágil psiquismo.

3. CONSTRUCCIÓN DEL YO Y SEPARACIÓN DEL OTRO

Está extensamente aceptada dentro del psicoanálisis la importancia de las primeras relaciones objetales en la construcción del psiquismo. Necesitamos al otro para el desarrollo de nuestro yo, sin perder de vista que el destino es diferenciarnos de ese otro. El deporte, en ocasiones, resulta una magnífica metáfora de este proceso de desarrollo, de tal manera que el deportista, además de desear hacer deporte, se vale de él para construirse, para finalmente poder constituirse como individuo dentro y fuera de lo deportivo.

El cuerpo del otro, especialmente el de la madre, es el primer objeto de relación para el bebé, antes de cualquier otro objeto inanimado: manta o juguete. Las primeras estructuras indiferenciadas, sincréticas, son relaciones fundamentalmente corporales (Bleger, 1978).

Las experiencias tempranas con el cuerpo de la madre, las caricias, las miradas, los cuidados dejan una huella profunda en la psique, estableciendo la forma en la que el individuo se relaciona con los cuerpos de los demás y, por supuesto, con su propio cuerpo (Freud, 1905, 1923; Klein, 1932/1987; Aulagnier, 1977, 1980; Dolto, 1986; Laplanche, 1987a; Bleichemar, 1986, 1994; Dejous, 2017). Andre Green lo sintetiza de manera descriptiva al considerar el cuerpo un registro de nuestra historia, un lugar donde se inscriben las huellas tempranas y posteriores (Green, 1990).

El yo freudiano es sobre todo un yo corporal, y su construcción se desarrolla a partir de las sensaciones propias y la interacción con el mundo (Freud, 1923). En este sentido, algunos datos anatómicos son importantes; por ejemplo, dado el precoz desarrollo de las vías ópticas, la visión desempeñará un papel fundamental en la construcción corporal a través de la mirada y la identificación por la que el niño se diluye en la imagen del otro al mismo tiempo que se encuentra en ella (Lacan 1949/1971; Guimón, 1999). Como es conocido y en relación a ello, Lacan propuso el estadio del espejo como una etapa que designa un momento psíquico y ontológico de la evolución humana, entre los seis y los dieciocho meses, periodo en el que el niño anticipa su unidad corporal mediante la percepción de su imagen en el espejo o la identificación con un semejante, acompañado de una expresión de júbilo y una voz que le nombra: «Este eres tú». A esta edad el pequeño puede no coordinar su cuerpo lo suficiente y no dominar su postura y, sin embargo, si tiene un espejo, tiende a sortear las dificultades para obtener una imagen instantánea de sí mismo. No es un proceso simple y armonioso, dado que también implica una alienación del yo en el otro y una sumisión al campo de lo imaginario (Lacan 1949/1971), o lo que es lo mismo: verse y construirse en el otro y a través del otro.

Aunque la conformación de nuestro cuerpo y nuestra identidad esté íntimamente relacionada con la experiencia temprana indiferenciada con un otro, el destino corporal final es el de constituirse con independencia, como frontera entre el interior y el exterior, entre el yo y el otro y, en esa función, el cuerpo puede convertirse en una frontera frágil y permeable o en una frontera operativa que cumple la función de membrana. Las sensaciones corporales, la percepción a través del tacto, la vista, el dolor o el placer proporcionan la base para la formación de un sentido del yo como una entidad separada del exterior (Freud, 1923).

La piel, como primer órgano de contacto y límite, provee la base para la diferenciación yo/no-yo (Anzieu, 1998). El yo se forma a imagen de las funciones de la piel, como un envoltorio que contiene, delimita, protege, comunica y guarda las marcas de la experiencia. Esta envoltura psíquica es fundamental para el desarrollo sano y cohesivo. El

yo-piel no es la piel literal, sino una construcción fantasmática, una representación imaginaria, un concepto metafórico que trata de dar cuenta de cómo el yo se percibe a sí mismo como una entidad unificada y separada (Anzieu, 1998). En palabras del propio autor:

El apoyo externo sobre el cuerpo materno conduce al bebé a adquirir el apoyo interno sobre una columna vertebral, como una espina sólida que le permite erguirse [...]. Lo que está en juego aquí no es la incorporación fantasiosa del seno alimenticio, sino la identificación primaria con un objeto soporte contra el cual el niño se aprieta y que le sostiene; más que la libido, lo que encuentra satisfacción es la pulsión de apoderamiento o de apego (Anzieu, 1998, pp. 109-110).

Esther Bick (1967) desarrolló la hipótesis de la segunda piel muscular en aquellos niños en los que el yo/piel resultara insuficiente. Se puede considerar la piel como el sostén de las partes del yo entre las que aún no existe cohesión. La contención materna da soporte al crecimiento de la piel psíquica del niño y, cuando por alguna razón, existen fallas en esa contención, el bebé puede recurrir a la constitución de una segunda piel como forma de protección omnipotente o pseudoindependiente. Se trata del uso de la tensión muscular para mantener la unidad del yo e impedir la desintegración, buscando la coherencia orgánica y la consistencia en un contacto más profundo, como el relativo al aparato muscular. Encontramos en algunas sobreinversiones deportivas la constatación de la hipótesis de Bick (Paumelle, 2001). La concepción de Bick acerca de las formas primitivas de omnipotencia y su descripción de los fenómenos de la segunda piel han resultado especialmente fértiles en el trabajo con individuos carenciados. Por su parte, Winnicott (1981) complementa las teorías de Bick al sostener que el verdadero self proviene de la vida de los tejidos corporales y del juego libre de las funciones del cuerpo, incluyendo la del corazón y la de la respiración.

El fallo en la construcción de una envoltura que permita la cohesión interna y la diferenciación da lugar a vínculos fusionales no deseables que se reproducen en relaciones posteriores, en el campo deportivo, con entrenadores y compañeros de equipo o, incluso, con seguidores y público. Un

ejemplo frecuente de relaciones que se prestan a confusión son las que se organizan en torno a fisioterapeutas y masajistas a través de los cuidados que procuran al deportista, sobre todo en momentos de máxima fatiga o de lesión. Los gabinetes de los rehabilitadores se convierten en lugares que favorecen la regresión y la expansión emocional, donde con frecuencia se revelan, a través de la palabra --en el mejor de los casos-- o a través del dolor físico, conflictos emocionales y angustias profundas. En ocasiones, los tratamientos de los fisioterapeutas despiertan sensaciones que responden a inscripciones muy tempranas, mucho más cercanas a los cuidados (o descuidos) arcaicos maternos que a conflictos edípicos o al despliegue de conductas seductoras. Es competencia de los profesionales saber identificar cualquiera de los dos fenómenos, contribuir a la contención del discurso y derivar al paciente al lugar donde ese discurso se pueda elaborar, para procurar la delimitación frente a la fusión.

Joyce McDougall incide en ello de la siguiente manera:

Cuando un adulto representa inconscientemente sus límites corporales como mal definidos, las experiencias afectivas con otra persona importante para él o, a veces, con cualquiera que consiga movilizar por casualidad la memoria del cuerpo pueden provocar una explosión psicosomática, como si, en tales circunstancias, no existiera más que un cuerpo para dos (McDougall, 1991, p.20).

Podemos acercarnos a la observación del proceso de fusión-diferenciación en una deportista que cometió un lapsus: Voy a hacer oídos gordos. Es una deportista que no ha sufrido desórdenes alimentarios, pero varios meses después de pronunciarlo dice padecer gordofobia. Ha dejado el deporte y, como suele suceder, está cambiando también su posición respecto a su familia de origen, donde habían aparecido algunos sentimientos típicos de ambivalencia con sus figuras parentales. Expresa con mayor claridad el conflicto de diferenciación con los ideales paternos, mientras que la posición con su madre queda encubierta, como sin querer enfrentarla. Al dejar el deporte de competición no deja de entrenar, pero sí disminuye la intensidad del ejercicio. Indagando en ello, en esa gordofóbica que la habita, vemos cómo asoma tanto su miedo a rechazar a su pareja si engordara

mucho como a ser rechazada en caso de engordarse ella. Su madre tiene sobrepeso, y ella no quiere ni puede criticar a su madre, pero la gordofobia la obliga. Es algo así como «No soy yo, es la gordofóbica que hay en mí quien te rechaza, mamá; quien rechazaría a mi pareja si engordara y quien me rechazaría a mí misma si me pareciera a ti en tu manera de comer». Es ahora cuando puede observarse porque su retirada deportiva le ha permitido avanzar en su proceso de individualización. Sin embargo, en su momento, el lapsus fue la perfecta solución de compromiso para hacer oídos sordos a la crítica del cuerpo del que proviene y al miedo a engordarse, mientras permanecía más indiferenciada de su madre. Esta deportista ha padecido durante mucho tiempo importantes problemas dermatológicos.

Lapierre y Aucouturier lo describen de la siguiente manera:

Este cuerpo, lugar de amor, es también un lugar de sufrimiento debido a la frustración que impone. Y cuanto más grande es este amor, más grandes son la frustración y el sufrimiento y más grande también el odio que se va a generar [...] De ahí proviene el deseo de destruir ese cuerpo para liberarse de ese vínculo conflictivo (Lapierre y Aucouturier, 1982, citado por Paumelle, 2001, p. 60).

Se necesitan palabras, ideas, pensamientos para mantener ese cuerpo que se expone a todo, palabras que al finalizar los procesos terapéuticos no sólo sostengan, sino que ayuden a atravesar la falta.

4, EL CUERPO COMO OBJETO IDEALIZADO

Como apuntaba anteriormente, he observado cómo deportistas que organizan sus relaciones objetales de manera dependiente tienden también a relacionarse con el deporte de manera dependiente, resistiéndose al cambio, lo que produce una mayor confusión en la tétrada cuerpo, sujeto, otro, deporte, como si estas cuatro categorías formaran parte de un todo amalgamado.

El trabajo con una deportista fue representativo al respecto. Aunque solicitó ayuda por un gran malestar en su cuerpo, una vez comenzado el tratamiento y después de depositarme algunos sueños con contenidos orales sin brindarme ninguna asociación, tardó muchos meses en poder

hablar de ello. Entre esta serie de sueños estaba el universal de la caída de los dientes, pero también otros sobre tener llagas en la boca, sobre la imposibilidad de hablar por tener la boca seca o la incomodidad de llevar brackets.

A partir de un momento, empezó a mencionar, justo al final de cada sesión, lo descontenta que estaba consigo misma, lo que hacía que se fuera disgustada transfiriéndome su impotencia al no poder yo intervenir en algo de ese malestar.

Después de repetidas sesiones en esa posición, comenzó una nueva etapa: Pronunciaba durante la sesión su queja sobre su malestar corporal, pero solo más tarde, horas después, me escribía desplegando otros muchos pensamientos que empezaban a dejar ver sus ideales corporales y su enorme desagrado por no satisfacerlos; es decir, empezaba a abrir su conflictiva corporal, pero no en mi presencia: la apertura requería un lugar transitorio virtual como eran los mensajes de chat. Fue solo en una última etapa cuando se enfrentó a hablarme de viva voz de ello y me permitió ver su encarnado sufrimiento. Empezó a captar algo de la dureza con la que su superyo le castigaba por no cumplir los ideales corporales, porque tener un cuerpo portentoso, con el que había representado tantos años la camiseta de la selección, no era suficiente.

Algunos deportistas, a pesar de sus cuerpos talentosos y trabajados, sufren constantemente la insatisfacción del incumplimiento de sus ideales corporales. Y según avanzan sus carreras sufren aún más porque intuyen que, aunque aumenten el trabajo físico, no van a poder calmar las ansias de unos ideales despiadados que se ceban en un cuerpo hacendoso, diligente, pero que interna y constantemente no da la talla. En el caso de las mujeres, tampoco pueden sobrepasar la talla si el ideal por cumplir, cada vez más frecuente, es quedarse detenida en un cuerpo infantil, perfectamente perfilado, como el de una muñeca, signo de que nada cambie. La relación con un cuerpo depósito de ideales es difícil: el deportista se mira en el espejo y se ve bajo, gordo, ancho, flaco, poco musculado o musculado pero desproporcionado... como la mayoría de los adolescentes.

El cuerpo es el escenario de la falta que se pretendía colmar convertida en supuestas pérdidas: ya no soy tan fuerte; no me hicieron tan alta ni tan guapa (Gutierrez, 2023).

La historia de los padres también se representa en el cuerpo de los hijos. En estos casos los ideales pueden provenir de conflictos generacionales heredados. El deportista atrae y absorbe lo corporal. Es frecuente que, cuando comenzamos a hablar en profundidad del cuerpo, que raramente es en las primeras etapas de un tratamiento dada su dificultad, el atleta mencione la oralidad y corporalidad familiar en frases como En casa de mis abuelos nos cebaban, están todos obesos, pero advirtamos que lo hace acompañado de un afecto, muchas veces trivalente, de anhelo, culpabilidad y vergüenza: «Yo soy (y no soy) parte de ese cuerpo familiar vergonzoso, al que critico y del que me quiero separar». La oralidad de otra familia quedó reflejada cuando una deportista bromeó con su pareja no saber si estaba o no embarazada, su madre, que le estaba oyendo, exclamó a modo de condensación: ¡El muñequito os lo vais a tragar vosotros!

El mayor riesgo estriba en que el deportista preste su cuerpo como una ofrenda que cumpla con el ideal de otros y que esa posición se reproduzca posteriormente con otras figuras. No en vano, el deportista, por alcanzar su sueño, pone su cuerpo al servicio de un destino del que participan otros: compañeros, entrenadores, padres... Nunca es una gesta individual.

Según mis observaciones, se confirma en el campo deportivo la tendencia actual en la sociedad a responsabilizar al individuo de su propia salud y su apariencia física, de forma que enfermar y, por supuesto, engordar es visto por muchos como una negligencia culpable (Guimón, 1999). Estos sentimientos son alimentados en la infancia por ciertos padres que piensan que la enfermedad del niño es un agravio contra ellos (Centers y Centers, 1963, recogido en Guimón, 1999), como si el cuerpo del niño les perteneciera. También algunos entrenadores que organizan relaciones simbióticas con sus atletas se sienten agraviados cuando el deportista se lesiona, mientras que este lo percibe como si estuviera agrediendo al entrenador. Por otra parte, en edades más jóvenes encontramos algunos padres que se forman en nutrición o en

preparación física porque quieren y creen poder intervenir y dar forma al cuerpo de sus hijos; lo entienden como una prolongación de ellos mismos, ciegos para apreciar, entre otras cosas, que la sexualidad irrumpe modificando ese cuerpo.

En la mirada pública, la definición muscular y la fuerza se convierten en un símbolo de estatus y admiración porque el culto al cuerpo, sin duda, se encuentra entre los valores de la cultura que intervienen en el moldeado de la identidad del atleta. Cada disciplina tiene sus propios ideales de cuerpo, que son internalizados por los deportistas, generando presiones y expectativas que influyen en su percepción. Las relaciones con los diferentes agentes influyen en la forma en la que el deportista se ve a sí mismo, pero esos agentes tan solo son convidados de piedra, porque quien verdaderamente ordena, juzga y persigue es un superyo tiránico que nada quiere saber de la castración.

5. EL CUERPO ES SIEMPRE UN CUERPO CASTRADO

El deportista que se retira tras una carrera longeva con probabilidad ha experimentado sufrimiento corporal sostenido y marcas de envejecimiento. Sin embargo, para los más jóvenes, la retirada supone los primeros indicios del abandono del buen estado de forma. La autoestima, la sensación de placer o malestar quedan ligadas a la forma en que el individuo se inviste narcisistamente. Las perturbaciones en la investidura narcisista se manifiestan en la relación con el propio cuerpo. Nada arroja a uno de manera más radical del mundo --escribe Hanna Arendt-- que la exclusiva concentración en la vida del cuerpo, concentración obligada en la esclavitud o en el dolor insoportable (Arendt, 1993, p.123).

Dolto advirtió sobre la importancia de la función de la castración, en sus diferentes etapas -- retirada del pecho materno, control de esfínteres, complejo de Edipo--, en la configuración de la imagen inconsciente del cuerpo. La castración implica la aceptación de la falta y la diferencia, proporcionando al niño la posibilidad de distinguirse del otro y consolidar partes de su identidad (Dolto, 1986). Estas etapas dejan marcas simbólicas organizando la percepción del cuerpo y sus límites. ¿Por qué la castración reorganiza la

imagen del cuerpo? Porque supone renunciar a la vieja interacción acomodada entre la madre y el hijo para enfrentarse a la incomodidad de conquistar algo nuevo, perdiendo la omnipotencia infantil y la bisexualidad.

La imagen inconsciente del cuerpo está en constante dinamismo. No es estática, sino que se modifica y se enriquece a lo largo de la vida, a través de nuevas experiencias y relaciones, y puede ser elaborada en el proceso psicoanalítico (Dolto, 1986). En una actividad como la deportiva, las fantasías que se forjan estarán ligadas al cuerpo; la memoria procedimental genera fuertes huellas que pueden convertirse en puntos de fijación en momentos de regresión, pero también podemos suponer una gran potencialidad de cambio en sujetos con tan alta capacidad de acción.

Las fallas en la constitución de una imagen del cuerpo integrada pueden dar lugar a diversos trastornos, como los alimentarios o las somatizaciones. El trabajo terapéutico se centra en ayudar al paciente a resignificar y reestructurar su imagen corporal. La pérdida del cuerpo deportivo puede tener un impacto significativo en el duelo de la retirada. El deportista pierde el cuerpo que le permitía destacar y sentir momentos de plenitud. La retirada desestabiliza un equilibrio destapando otras partes de la imagen inconsciente del cuerpo, además de las asociadas al éxito y al reconocimiento. Es relativamente común que los cambios físicos habituales, como la disminución de masa muscular o el aumento de peso, afecten la autoimagen. La pérdida del cuerpo deportivo puede vivirse como una versión renovada de la pérdida del cuerpo omnipotente, ese que se organiza simbióticamente con el cuerpo de la madre, un cuerpo para dos (McDougall, 1991). Freud discriminó un factor metapsicológico que distingue el duelo de la melancolía: la cualidad del objeto perdido para el doliente que puede ser un objeto externo y plenamente consciente en el duelo, o una pérdida inconsciente de una parte de sí mismo en la melancolía (Freud, 1917). Cuanto más identificado esté el deportista con su cuerpo, cuanto más responda al enunciado «Yo sobre todo soy mi cuerpo», más riesgo hay de melancolía al perder la potencia corporal. Lo vemos en deportistas que se sienten gobernados por un cuerpo amo que manda en ellos: No me gusta mi

cuerpo, pero manda en mí, y ahora mi cuerpo me pide más, más entrenamiento, más comida... Mi cuerpo no quiere, y cuando no quiere no fluye... Pero me da miedo, ¿Y si el día de la competición mi cuerpo no está? Si pierdo la sensación de lo que mi cuerpo me pide, estoy perdida.

Tal y como señala Zubiri (2010), Freud sospechó que diversas patologías pueden ser otras formas de melancolía no típica; por ejemplo, la anorexia nerviosa. De la lectura de Freud se desprende que el duelo es un proceso temporal ante la pérdida de un objeto que requiere elaboración psíquica, pero como proceso es pasajero. Por el contrario, la descripción de la melancolía como una neurosis narcisista hace pensar en una idea de estructura fija en el tiempo, así como en la aparición periódica de manifestaciones clínicas melancólicas.

Zubiri, en su observación, ha encontrado una paradoja clínica: hay varios tipos de pacientes melancólicos que no presentan los síntomas con los que habitualmente identificamos este diagnóstico, y en su lugar aparecen otros. Uno de estos tipos de pacientes se caracteriza por las algias motoras de repetición, es decir, pacientes en los que predomina el sufrimiento físico debido a una actividad deportiva exagerada y repetitiva. En ellos destaca la búsqueda del dolor físico de la actividad deportiva. Estos sujetos responden a lo que podríamos llamar melancolías fracasadas en su estructuración. Tienen un núcleo melancólico que podemos reconocer como el alto riesgo de ser invadidos por el sentimiento de no existencia para el otro; también predomina la elección narcisista de objeto como defensa melancólica, así como la idealización del objeto. Pero ante la pérdida --que no es tal porque el melancólico no tolera perder-- no se desencadena una crisis melancólica, sino que aumenta la actividad deportiva (Zubiri, 2010). Efectivamente, conformaría un grupo de riesgo a la hora de la retirada aquellos que buscan en el deporte y en el reconocimiento del otro un sentimiento de existencia del que carecen, y para los que la carrera se convierte en algo más grandioso de lo habitual, una actividad idealizada que les sostiene.

Kancyper también informa de un paciente que manifestaba: Siento que me falta algo, una vida. No porque crea que esté eso de no querer vivir, ni nada de eso. Le falta vivir a mi vida (Kancyper,

2007, p.199). Según el autor se trataba de una severa afección, por una falta en la constitución inaugural del narcisismo. Ese algo mantiene sus nexos con los efectos estructurantes y cohesivos que provienen de las primeras relaciones de objeto. El paciente sustituía algo por algia: el dolor de la nostalgia y del rencor primigenios por aquello que injustamente no se logró estructurar. Como si la presencia de la algia intentase reemplazar y obturar ciertas carencias tempranas, teniendo una función de ligadura, a modo de neo-creación. Se forma un muro narcisista-masoquista con un valor defensivo, como un guardián de vida (Rosenberg, 1995).

Como señala Assoun (1997), el colmo de la paradoja es cómo la enfermedad del cuerpo puede ser un medio de recuperar la salud siempre que estemos dispuestos a comprender la escena inconsciente. El deportista como ser humano necesita habitar y sentir su cuerpo para poder pensar; ofrecer una escucha especializada a esos cuerpos que se habitan (Dejours, 2017) permite desplegar partes más creativas, flexibles y auténticas, necesarias para reorganizarse en el momento de la transición.

El deporte, que precede al psicoanálisis, es también un lugar de transformación en esa búsqueda del ser humano (Labridy, 2014a). El concepto transformación es importante. Observando las retiradas de muchos deportistas vemos cómo durante la transición hacia la vida no deportiva tratan de transformar su cuerpo --esa joya-- en otra cosa. Son innumerables los ejemplos, especialmente los que he recogido en las modalidades que mejor conozco; por ejemplo, gimnastas convertidas temporalmente en jugadoras de rugby, atletas, cheerleaders, especialistas de cine, gogós, trapevistas de circo y, con carácter más permanente, entrenadoras, actrices, fisioterapeutas, médicos, nutricionistas... actividades todas en las que el cuerpo sigue ocupando el centro de la acción.

Son relativamente frecuentes y francamente interesantes los sueños de mujeres deportistas en proceso de retirada, en los que se experimentan embarazadas, asociando el estado de felicidad o angustia, según los casos, a una verdadera transformación de su propio cuerpo, lo que nos recuerda que el cese deportivo exige un gran cambio de postura corporal subjetiva.

CONCLUSIONES:

Decía al inicio que el discurso del deportista confirma la imposibilidad de separar cuerpo y mente, que resultan insolubles. En ese caso deberíamos revisar el concepto de pulsión como concepto límite entre lo psíquico y lo somático y empezar a pensarlo como lo que da prueba de la insolubilidad de ambos.

El deporte ofrece un escenario privilegiado donde se despliegan, con especial intensidad, los procesos universales de constitución subjetiva. El cuerpo del deportista ocupa un lugar central en la construcción del yo y en los avatares del deseo. La retirada deportiva confronta al sujeto con una pérdida que no siempre puede ser tramitada como duelo, en la medida en que el cuerpo no es solo un objeto perdido, sino una parte del sí mismo narcisísticamente investida. En ocasiones, la pérdida de la potencia corporal puede deslizarse hacia posiciones melancólicas.

El trabajo clínico con deportistas exige, por tanto, atender a la singularidad del vínculo con el cuerpo y a los modos de investidura narcisista que lo sostienen, para posibilitar procesos de simbolización que transformen la pérdida en experiencia elaborable y permitan al sujeto separarse del cuerpo deportivo sin quedar atrapado en la melancolía, abriendo así un pasaje hacia nuevas formas de habitar el propio cuerpo, de existencia y de deseo.

REFERENCIAS

- Anzieu, D. (1998). El yo-piel. Biblioteca Nueva.
- Arent, H. (1958/1993). La condición humana. Paidós.
- Assoun, P.L. (1997). Lecciones psicoanalíticas el cuerpo y el síntoma. Nueva Visión.
- Aulagnier, P. (1977). La violencia de la interpretación. Amorrortu.
- Aulagnier, P. (1980). Los destinos del placer. Petrel.
- Bick, E. (1967). Notas sobre la observación de lactantes en la enseñanza del psicoanálisis. Revista de Psicoanálisis (REVAPA) 24: 97-115.
- Bleger, J. (1978). Simbiosis y ambigüedad. Paidós.
- Bleichmar, S. (1986). En los orígenes del sujeto psíquico. Amorrortu.
- Bleichmar, S. (1994). Nuevas complejizaciones, viejos problemas. Actualidad psicológica, 24 (207): 31-32.
- Damasio, A. (1996). El error de Descartes. Editorial Andrés Bello.
- Dejours, C. (2017). El cuerpo primero. APM/Biblioteca Nueva.
- Dolto, F. (1986). La imagen inconsciente del cuerpo. Paidós.
- Duclos, K. (2005). El cuerpo deportivo: de lo muscular a lo erótico. En Seminario sobre la epistemología del cuerpo y las prácticas corporales. Universidad Nancy I, CRPPC, Universidad Lyon II.
- Freud, S. (1905). Tres ensayos para una teoría sexual. En Tres ensayos de teoría sexual, y otras obras (1901-1905) «Fragmento de análisis de un caso de histeria» (Caso «Dora») Vol. VII. Amorrortu.
- Freud, S. (1914). Introducción al narcisismo. En Trabajos sobre metapsicología, y otras obras (1914-1916), «Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico» Vol. XIV. Amorrortu.
- Freud, S. (1917). Duelo y melancolía. En Trabajos sobre metapsicología, y otras obras (1914-1916), «Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico» Vol. XIV. Amorrortu.
- Freud, S. (1923). El yo y el ello. En El yo y el ello y otras obras (1923-1925). Vol. XIX. Amorrortu.
- Gallese, V., Eagle, M. N. & Migone, P. (2007) Intentional Attunement: Mirror Neurons and the Neural Underpinnings of Interpersonal Relations. Journal of the American Psychoanalytic Association 55:131-176.
- García Baradacco, J.E. (1996). The body and psychotherapy. In J. Guimón (Ed.) The Body in Psychotherapy: International Congress, Geneva. S Karger AG.
- Green, A. (1990). De locuras privadas. Amorrortu.
- Guimón, J. (1999). Los lugares del cuerpo. Paidós.
- Gutierrez, G. (2023) El deseo en la obra de Freud. En A vueltas con el deseo. Ciclo de conferencias de Psyquia. Madrid.
- Hanly, C. (1984). Ego Ideal and Ideal Ego. International Journal of Psychoanalysis 65:253-261.
- Iacoboni, M., (2009). Las neuronas espejo. Empatía, neuropolítica, autismo, imitación o de cómo entendemos a los otros. Katz.
- Kancyper, L. (2007). Adolescencia: el fin de la ingenuidad. Lumen.
- Klein, M. (1987). El psicoanálisis de niños. Paidós Ibérica.
- Labridy, F. (2008). Ivres de sport. En Vacarme, 45(4): 24-28. <https://doi.org/10.3917/vaca.045.0024>.
- Labridy, F. (2014a). Hors-corps: Actes sportifs et logique de l'inconscient. L'Harmattan.
- Labridy, F. (2014b). Corps addict : les damnés de la mesure. La Cause du Désir, 88(3), 61-64. <https://doi.org/10.3917/lcdd.088.0061>.
- Lacan, J. (1949/1971). El estadio del espejo como formador de la función del yo [je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica. En Escritos Vol 1, Paidós.
- Lacan, J. (1987). Seminario 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis (1964). Paidós.
- Lacan (1992). Seminario 17: El reverso del psicoanálisis (1969-1970). Paidós.

Lacan, J. (1997). Seminario 20: Aun (1972-1973). Paidós.

Laplanche, J. (1987). Nuevos fundamentos para el psicoanálisis. Amorrortu.

Merleau-Ponty, M. (1975). Fenomenología de la percepción. Península.

McDougall (1991). Teatros del cuerpo. (Ed.) Julián Yébenes. Paumelle, H. (2001). La función del cuerpo en psicoterapia. Síntesis.

Reich, W. (1965). El análisis del carácter. Paidós.

Rosenberg, B. (1995). Masoquismo mortífero y masoquismo guardian de la vida. Promolibro.

Schilder, P. (1935). The imagen and appearance of the human body: studies in the constructive energies of the psyche. Kegan & Co. Ed.

Serres, M. (2011). Variaciones sobre el cuerpo. Fondo de Cultura Económica. Varela, F.; Thompson, E.; Rosch, E. (1992). De cuerpo presente. Gedisa.

Vaschetto, E. (2025). Formas en las que un cuerpo cae. Xoroi Edicions.

Winnicott, D. (1958/1993). La capacidad de estar solo. En Los procesos de maduración y el ambiente facilitador. Paidós.

Winnicott, D. (1960/1993). La distorsión del yo en términos de Self verdadero y falso. Los procesos de maduración y el ambiente facilitador. Paidós.

Zubiri, M. (2010). La falla de la organización melancólica: la adicción al dolor físico y otras formas. Revista de Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica de Madrid, 59: 145-156.